



Crítica

Billy Wilder: un teutón genial que conquistó Hollywood

Billy Wilder: a Brilliant Teuton who Conquered Hollywood

■ Juan Pando

La mala salud de hierro de Billy Wilder le jugó su última y definitiva mala pasada el 28 de marzo de este año. Una neumonía acabó a los 95 años con la vida del genial realizador en su hogar de Beverly Hills, acompañado por la entrañable Audrey, su segunda esposa, la mujer que compartió con él los éxitos y amarguras de los últimos 52 años. Un entierro íntimo, como él deseaba, puso punto final a la leyenda del cineasta que ha dirigido más clásicos del cine, el único que sumó 21 candidaturas a los Oscar, y que ganó seis en su triple actividad como productor (uno), director (dos) y guionista (tres).

Esa media docena de estatuillas, que conservaba en una vitrina del salón de casa y que Audrey donó en septiembre a la Academia de Ciencias y Artes Cinematográficas de Hollywood que se las había concedido, dejan clara la trayectoria profesional de Wilder. Primero, y ante todo, fue un guionista, un hombre que inventaba historias para llevarlas a la pantalla. Luego, tuvo que hacerse director para que otros no destrozaran lo que él había escrito. El último paso fue convertirse en productor de sus obras para poder asegurarse el derecho a supervisar el montaje del material filmado, control último del proceso.

"Escribir es un sufrimiento, es el sudor, es un trabajo agotador", explicó. "Pero si tienes un buen guión y buenos actores, la dirección es un verdadero placer. Escribir un guión es como hacerle la cama a alguien, y luego ese otro llega, se mete dentro y a ti lo único que te queda es volverte a casa. Todo verdadero creador en el cine, ya sea operador, guionista o incluso productor debe tener por ambición última dirigir". Este origen literario provocó que muchas veces sus cintas brillaran más por sus argumentos y diálogos que por la fuerza visual de sus imágenes, por lo general modestas.

Esto no quiere decir que sus películas se redujeran a una consecución de textos recitados. Basta recordar el momento de "La tentación vive arriba" en el que la falda de una sensual Marilyn Monroe vuela aventada por la corriente de una rejilla de ventilación del metro des-

El autor es Periodista y Escritor especializado en información cinematográfica.

nudando sus maravillosas piernas —una escena que es ya uno de los símbolos de la cultura popular del siglo xx—, para comprobar lo que Wilder podía hacer con la cámara cuando se lo proponía. Pero ese no era su estilo, él prefería que los elementos visuales no distrajeran la atención del público de lo que consideraba lo esencial: la historia.

"Detesto la innovación de pacotilla", argumentaba. "No puedo estar de acuerdo con la gente que hace trucos insensatos para 'épater le bourgeois'. Una película es una historia que cuentas, una atmósfera que creas, y si introduces elementos raros que llaman la atención, destruyes la narración. Debe olvidarse que hay un director y un director de fotografía, debe fluir de modo natural". Opiniones que convirtieron su obra en diana de no pocos críticos, sobre todo según los gustos dominantes se iban aproximando a un tipo de cine que sólo busca sorprender con la acción y los efectos especiales.

Billy Wilder, en contra de lo que podría pensarse desde la perspectiva actual, no fue nunca, ni mucho menos, un cineasta intelectual, para minorías. La gran sorpresa que se llevaron los productores de la Paramount, cuando le dejaron debutar como director, fue que lo hiciera con una comedia, "El mayor y la menor" (1942), protagonizada por estrellas tan populares como Ginger Rogers —que acababa de ganar el Oscar a la mejor actriz por "Espejismo de amor"—, y Ray Milland. Ellos esperaban una obra de tesis que nadie iría a ver, y aquel guionista menudo, centroeuropeo, les dio un éxito de taquilla.

El día antes de iniciar el largometraje que cambió su vida, Wilder se encontró en un restaurante a su compatriota Ernst Lubitsch, y le dijo muy apurado: "Mañana empiezo a rodar mi primera película, tengo un ataque de nervios y no creo que pueda dormir. ¿Te acuerdas de tu primer día?". Y entonces el genio austriaco de la comedia, al que consideraba su maestro y para el que había escrito poco antes "Ninotchka" y "La octava mujer de Barbazul", le respondió: "Recuerdo todos los días. Nunca he conseguido dormir cuando empiezo una nueva película". Con este consuelo se fue a casa aquella noche de tribulación.

A la mañana siguiente, se pasaron por el plató, para deseárselo suerte, algunos de los colosales del séptimo arte, en activo por entonces. El propio Lubitsch, Preston Sturges ("Los viajes de Sullivan"), Michael Curtiz ("Casablanca"), William Wyler ("Los mejores años de nuestra vida") y George Stevens ("Raíces profundas"), entre otros. En su discreto despacho, al que acudió cada mañana para seguir escribiendo y preparando proyectos casi hasta su muerte, aunque consumió sus últimos veintinueve años de vida en un penoso paro forzoso, hubo siempre un cartel que decía: "¿Cómo lo habría hecho Lubitsch?".

El afán por controlar sus películas hasta el menor detalle —trabajaba con cronómetro en mano—, imprimió un sello a los rodajes de Wilder, no siempre fácil de digerir por sus colaboradores. El escritor Raymond Chandler, que escribió con él "Perdición", confesó: "Ha sido una experiencia agónica, que probablemente ha acertado mi vida". El coguionista de "Sabrina", Ernest Lehman, sufrió una crisis nerviosa, y el protagonista de "La vida privada de Sherlock Holmes", Robert Stephens, marido de Maggie Smith, intentó suicidarse. "Es ese tipo de alemán prusiano con fusta", remató Humphrey Bogart.

La obsesión laboral del cineasta, que llegó a fumar cuatro cajetillas al día, encontró la horma de su zapato en Marilyn Monroe, a la que dirigió en "La tentación vive arriba" y "Con faldas y a lo loco". La imprevisible sex symbol rubia le hizo la existencia imposible con sus retrasos y su problema para memorizar sus líneas, lo que obligaba a repetir su toma una y otra vez. "Sobre la impuntualidad de Marilyn Monroe", reconoció, "debo decir que tengo una tía en Viena que estaría en el plató cada mañana a las seis y sería capaz de recitar los diálogos incluso al revés. Pero ¿quién querría verla?".

"Los mandamientos del cine son diez", aseguraba, "pero me callo nueve, porque todos se resumen en uno: no aburrirás a tu prójimo". Un principio que en su caso no afectó a la calidad ni la seriedad de sus obras. "Todas mis películas tienen mensaje", añadía, "pero, como si fuera una medicina, lo cubro de chocolate. Así todo el mundo se lo traga contento". Ahondando en la mordacidad de sus guiones, William Holden, uno de sus actores predilectos, que ganó su único Oscar con la magnífica "Traidor en el infierno" (1953), remarcó: "En la cabeza de Wilder no hay ideas sino cuchillas de afeitar".

Un error tan generalizado como considerarlo director, cuando él siempre reivindicó su condición de guionista que dirigía, ha sido el creer que lo suyo fue sólo la comedia. Es cierto que en este género obtuvo sus éxitos más renombrados, pero no lo es menos que fue un creador de múltiples registros, que tocó desde el cine negro ("Perdición"), de suspense ("Testigo de cargo") y espías ("Cinco tumbas al Cairo"), al melodrama ("El crepúsculo de los dioses"), las comedias románticas ("Sabrina"), el género biográfico ("El héroe solitario") y hasta el musical ("El vals del emperador").

Su versatilidad artística se combinó con una rebeldía de espíritu que le llevó a reflejar en sus filmes el lado oscuro de su país de adopción, aunque suavizado por oportunos toques de humor. Sus personajes comparten grandezas y miserias con los espectadores, por lo que son todo menos modélicos. No le asustó, tampoco, aventurarse con los temas tabú como la homosexualidad ("Con faldas y a lo loco"), el adulterio ("La tentación vive arriba"), el alcoholismo ("Días sin huella") y la pérdida de valores de una sociedad capaz de pagar cualquier precio por enriquecerse y triunfar ("El gran carnaval").

Con sus antecedentes es lógico que tuviera sus más y sus menos con el triste Código Hays de censura cinematográfica y con la infame Caza de Brujas que se ensañó con artistas, científicos —se llegó a perseguir la Teoría de la Relatividad de Einstein— e intelectuales durante los años más tensos de la Guerra Fría. La industria licorera, por ejemplo, ofreció cinco millones de dólares por destruir "Días sin huella", quizá el mejor drama que se ha filmado sobre el alcoholismo, con el que ganó el Oscar Ray Milland, otro actor considerado un peso ligero, como Holden, que alcanzó el reconocimiento con Wilder.

Una persecución que lo puso en una situación irónica, cuando él había llegado a Estados Unidos huyendo del horror nazi, sin mirar atrás, con lo puesto y sin saber casi inglés. "Lo de emigrar a Estados Unidos no fue idea mía, sino de Hitler", ironizaba al tratar esa etapa de su vida. Hizo las maletas a finales de febrero de 1933, en cuanto el incendio del Reichstag —el

parlamento alemán— dejó claro que ya no había marcha atrás. Willie, su hermano, dos años mayor que él, con el que nunca se llevó bien, vivía desde hacía tiempo en Nueva York, y su padre había muerto de un problema gástrico en 1928.

Su madre, su abuela y su padrastro, al que nunca llegó a conocer, creyeron, en cambio, que estaban seguros porque vivían en Viena, y acabaron deportados en trenes para ganado al campo de exterminio de Auschwitz, donde perecieron en las cámaras de gas y sus cuerpos fueron incinerados en los hornos crematorios. Su único delito fue ser judíos, todos los amigos del director lo eran, o ser izquierdistas, a los que no esperaba mejor futuro en la nueva Alemania. La mayoría sólo hablaba alemán, les dio miedo ir a un país del que no sabían el idioma y cometieron el error de refugiarse en Viena o en Praga.

Wilder había nacido el 22 de junio de 1906, en Sucha, actual Polonia, cuando esta localidad formaba parte aún del desaparecido Imperio Austro-Húngaro. Se crió en la capital austriaca, y a mediados de los años veinte se mudó al alocado Berlín de entreguerras, el que retrató la película "Cabaret", donde sobrevivió como bailarín y, sobre todo, periodista, hasta que empezó a despuntar como guionista en la aún muy poderosa industria del cine germano. Entonces llegó Hitler, y como él hablaba bien francés, tomó el primer tren para París.

Tenía 26 años y le acompañaba su novia de turno, Ella Hartwig, una morena parecida a Hedy Lamarr, hija de un rico industrial farmacéutico de Frankfurt. Wilder nunca fue un tipo muy agraciado, las malas lenguas sostienen, incluso, que Steven Spielberg se inspiró en su cara para darle un rostro a su entrañable E.T., pero tenía facilidad para hacer reír a las mujeres, y nunca le faltó la buena compañía femenina. Su primer guión lo vendió, precisamente, por un enredo de faldas, aunque no suyo, sino de la hija de su patrona en Berlín, a la que una noche pilló su prometido con otro hombre en la cama.

El amante en fuga se coló desnudo y con la ropa bajo el brazo en la alcoba del atónito cineasta, pidiéndole ayuda y un calzador. Éste reconoció al instante al visitante como un tal Galitzenstein, presidente de Maxim Films, y a la vez que le daba el calzador, le ofreció uno de los guiones que llevaba meses intentando vender. El intruso se hizo el remolón, e intentó acordar una cita en su oficina. Los gritos del novio engañado arreciaban en el pasillo, y Wilder aprovechó la ocasión fingiéndose también enfadado, ante lo que el infeliz le compró el texto en el acto, por 500 marcos en efectivo.

Durante los diez meses que pasó en Francia, aprovechó para codirigir con Alexandre Esway, en condiciones extremas de penuria, "Curvas peligrosas" (1933), drama social en clave de *cinéma-vérité*, que protagonizó una casi debutante Danielle Darrieux. No tardó mucho, no obstante, en vender un guión a la Columbia, y dar el ansiado salto a América. Desde crío había sentido pasión por Estados Unidos, lo mismo que su madre, que lo apodó Billie —que él luego cambió por Billy— en homenaje al mítico Buffalo Bill, aunque su nombre auténtico era Samuel.

En Hollywood coincidió con otros profesionales del cine centroeuropeos que se habían refugiado en California. Una colonia de unas 1.500 personas que impuso un estilo nuevo a las películas americanas. Unos pocos alcanzaron la cima, como Fritz Lang, Peter Lorre —que

compartió habitación con él—, Otto Preminger y Douglas Sirk. Todos directores, actores, productores y músicos, pero Wilder fue prácticamente el único que triunfó como guionista, escribiendo en un idioma que chapurreaba al llegar en 1934, y que aprendió escuchando crónicas deportivas en la radio, y ligando con las chicas.

En 1936, se casó con Judith Coppicus, neoyorquina, cinco años menor que él, que tenía la gran ventaja de hablar francés y ser hija del jefe de la agencia Columbia Artists. Tuvieron una pareja de gemelos, pero el niño murió al poco de nacer, y sólo sobrevivió la niña, Victoria, madre, a su vez, de la única nieta del director, Julie, que le hizo bisabuelo. El matrimonio se divorció en 1947, después de una separación de varios años. Para entonces ya vivía con la cantante y actriz Audrey Young, a la que llevó al altar el 30 de junio de 1949, con la condición, que ella cumplió, de no tener hijos jamás.

Junto a Audrey, aún a su lado en su lecho de muerte, halló el equilibrio sentimental y vivió lo mejor de su carrera. Ganó sus dos primeros Oscar, como director y guionista, por "Días sin huella" (1945), la cinta en cuyo rodaje se enamoraron, y por la que recibió, también, la Palma de Oro en la primera edición del Festival de Cannes. Obtuvo la tercera estatuilla por el guión de "El crepúsculo de los dioses" (1950), y completó la media docena como productor, director y guionista de "El apartamento" (1960), siendo la única persona que ha recibido tres Oscar la misma noche.

Wilder, que se hizo estadounidense en 1939, escribió, no obstante, sus películas en tándem. Quizá por inseguridad con el inglés, que siempre habló con acento alemán, "mezcla entre el de Arnold Schwarzenegger y el arzobispo Desmond Tutu", como solía bromear. De sus colaboradores, destacaron dos: Charles Brackett y I. A. L. Diamond. Con el primero escribió sus primeros filmes y compartió sus dos primeros Oscar como guionista. Con el segundo, autor del inolvidable "Nadie es perfecto" con el que acababa "Con faldas y a lo loco", escribió las doce últimas, y compartió una estatuilla por "El apartamento".

El cineasta guardó siempre en su corazón una pena profunda: "Mis padres nunca me vieron triunfar. Lo siento muchísimo, porque habrían estado orgullosos de mí". Tampoco sufrieron su triste declive. Justo después de cosechar su mayor éxito de taquilla con "Irma, la dulce", tuvo un buen patinazo con "Bésame, tonto", tachada de pecaminosa por la Legión de la Decencia. Los fracasos de sus últimas cintas, "Primera plana" (1974), "Fedora" (1978) y "Aquí un amigo" (1981), fueron su sentencia de muerte profesional, firmada con gusto por los muchos que llegaron a odiarlo en Hollywood.

Era hipocondriaco, deportista y dandy —le indignó que Tom Cruise y el director Cameron Crowe llevaran vaqueros cuando le visitaron para ofrecerle un papel, que rechazó, en "Jerry Maguire"—. No pasó necesidades porque tenía una colección de arte muy valiosa, y la subasta de alguna de sus piezas, en 1989, le reportó 32,6 millones de dólares, mucho más de lo que ganó en el cine. Estuvo a punto de filmar "La lista de Schindler", que hubiera sido su testamento artístico, pero Spielberg se le adelantó, y él repitió hasta su muerte que hubiera dado todos sus premios por hacer una película más.